



Compañía de Jesús

Provincia de España

P. AMADO ALONSO PICÓN, S.J.

Lerma (Burgos) 24/02/1929- Villagarcía de Campos 20/01/2026

Dicen que a una persona se la conoce y se la define por la pasión con la que afronta y mueve su vida. Cuando uno recorre la vida del P. Amado Alonso Picón, SJ, fallecido el pasado 20 de enero de 2026 en Villagarcía de Campos, se descubren dos grandes pasiones que le movieron por dentro y le dinamizaron hacia afuera.

La primera pasión es Cristo. Picón era un profundo creyente. Un hombre piadoso, con una fe sólida en el Cristo pobre y humilde de los Ejercicios y muy contrastada por la vida: la fe de aquel niño de Lerma, donde había nacido en 1929 y que pierde a su padre pronto; la del niño que le encantaba jugar con los hijos de los empleados de la fábrica de harina de la que era dueño su padre. La fe del niño que queda triste cuando su madre le deja por primera vez a la puerta del internado del Colegio San José en Valladolid, la del que va a la Escuela Apostólica del Sagrado Corazón de Jesús, la famosa Apostólica de Carrión de los Condes y posteriormente la fe del joven que, con 16 años y allá por el año 1947, entra en el Noviciado de Salamanca de la Compañía de Jesús. La fe sólida y contrastada del jesuita en tantos años de formación y de ministerio, en ocasiones no fáciles, y que confirman su disponibilidad a lo que los superiores le pedían en cada momento, hasta llegar a estos últimos años en Villagarcía donde, fiel al Señor, como siempre, oraba por la Iglesia y la Compañía. Su vida no se entiende sin un amor apasionado por aquél que es Vigor, Origen y Meta de los sonoros ríos de la vida. Uno de los textos que más hablan de él y que utilizó en la celebración de sus 50 años de jesuita es 1Jn 4, 16: “nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él”. Esto es lo que dinamizaba su vida y lo que sostenía toda su vitalidad apostólica.

Amado no solo era un creyente para su devoción personal, sino un creyente que ayudó a mucha gente a creer; en primer lugar, en sí mismos, y a la par en Jesús de Nazaret. Ayudó tantas veces a poner en Cristo nuestra esperanza, para no desanimarnos (con ese mantra que tantas veces utilizaba y que alguien le había puesto en un gran póster en su despacho del Colegio de Miranda: “antes morir que

desanimarse”; no en tono voluntarista, sino porque sabía que el ánimo profundo solo procede del vínculo personal que uno tiene con el Señor). Nos ayudó a desviar las miradas autocentradas para referirlas al Único que da sentido a la vida, introduciéndonos en esa corriente de ternura imprescindible que lo transforma todo, incluso donde la vulnerabilidad o hasta el fracaso podían ser espacios de encuentro con los demás y con Dios. Cuántas veces nos decía y nosotros le mirábamos con cara de susto (aunque luego con el paso del tiempo uno lo entiende) que lo más bello que podemos entregarnos unos a otros no es la fuerza, ni siquiera las capacidades o incluso los valores, sino la debilidad, la pequeñez, cuando está unida a Cristo. Nos ayudó a transitar, como dice San Pablo por ese binomio paradójico que va de la debilidad a la fortaleza, de lo imperfecto a lo perfecto. Una expresión de esto es lo que Fernando Laiglesia, compañero suyo en la comunidad de Villagarcía, nos cuenta: *cuando se acercaba en esta época final de su vida a la capilla y le preguntaba quién está aquí, él decía sin dudar, Jesús, a pesar de que todos o casi todos sus recuerdos y su memoria estaban borrados por la enfermedad.*

Si una pasión que movió la vida de Picón fue Jesús el Señor, la otra pasión que dinamizó todo lo que hacía fueron los jóvenes a los que se sentía enviado. Por todos los destinos por los que pasó, la promoción de la juventud fue su motivación más grande. Desde aquella primera misión recibida como profesor y espiritual en el colegio de León, recién ordenado, pasando posteriormente a Comillas-Santander como director espiritual de los jóvenes jesuitas que estudiaban filosofía. Este destino en la formación, tan ilusionante para él, se truncó porque a los dos años los superiores necesitaban con urgencia enviarle a Logroño. Y ahí fue, con la disponibilidad de siempre, a un destino tapagujeros, como él decía, pero que duró al final 12 años y, casualidades de la vida y providencia de Dios, un gran punto de inflexión en su ministerio. Ahí surgieron dos proyectos muy queridos para él, el Club Juvenil y sobre todo el Campamento (uno de los primeros campamentos mixtos en España) ayudado en sus comienzos por el Hno. Prado y por esta fiel y generosa colaboradora que es María Ignacia Santiago (Nachi). Después de más de 50 años el campamento continúa teniendo lugar con la misma identidad e ilusión de los inicios gracias a la generosidad y disponibilidad de mucha gente, sobre todo de la comunidad que se crea en Miranda a la que se fueron añadiendo gentes de Logroño, Palencia y Valladolid.

Aquí en Miranda, lo conocí siendo yo colegial y tuve la suerte de cruzarme con él en el camino de la vida, cambiándomela de rumbo, para luego compartirla con él como compañero de Jesús. Ahí conocimos al gran deportista que era, fino delantero centro al que le gustaba mucho competir y meter codo y cadera para ganar la posición cuando jugábamos contra él en los torneos de fútbol de las fiestas de colegio; y conocimos también la pasión irreductible e incansable por el Real Madrid. En Miranda surgió la comunidad-grupo que todavía se sigue reuniendo, que es motor del campamento que se sigue manteniendo y que, gracias a Picón y a Nachi, se convirtió no solo en comunidad de vida sino en familia.

La dedicación pastoral en los destinos por Palencia, Gijón, Zamora o Valladolid, como hemos dicho, muestran que su vida estuvo plenamente dedicada a la formación y acompañamiento de los jóvenes, a través de convivencias, retiros, ejercicios, campamentos, pascuas; especialmente con aquellos jóvenes con más dificultades, en institutos de formación profesional o colegios menores donde llegaban los chicos que iban a estudiar del campo a la ciudad. Como nos dice Alberto Ares en un post enviado: *Tenía una mirada evangélica desde la periferia y que le llevó a defender el trabajo de los jesuitas con los más vulnerables, especialmente en barrios marginados o en contextos desfavorecidos. No siempre se sintió del todo escuchado o comprendido, pero su profundo amor y anclaje en el Evangelio le movió a estar siempre del lado de los predilectos del Reino.*

Es curioso que un hombre así, para quien no le conocía bien, más bien adusto, serio, incluso distante, tuviese al mismo tiempo tanta atracción en los jóvenes.

La clave, muy sencilla: quererlos. No perder nunca la fe en ellos, aunque ellos mismos o los demás la perdiesen, mucha paciencia esperanzada para sacar lo mejor de cada uno, mirar más allá de las apariencias, donde nadie o casi nadie mira, e ir al corazón de la persona, y rescatar lo que a veces está en ruinas. Y ahí acercar al Señor que acompaña y cura.

Sabemos por la fe que Amado Alonso Picón, incorporado definitivamente a la Compañía Celestial, se convierte en un intercesor de los que aquí estamos. Ojalá que su intercesión nos ayude a seguir con la estela, con el legado de estos hombres buenos que fueron memoria agradecida de lo que Cristo el Señor había hecho en sus vidas.

Padre, en tus manos buenas encomendamos la vida de Amado Alonso Picón, SJ.

Siervo bueno y fiel, pasa al banquete de tu Señor.

*Pedro Mendoza Busto, SJ
23-01-2025*